

An aerial photograph of a winding asphalt road that snakes through a dense, lush green forest. The road curves in several places, creating a series of loops and turns. The trees are vibrant green, and the overall scene is peaceful and scenic. The text is overlaid on the top left portion of the image.

Miguel  
Huezo Mixco  
La casa de Moravia

«La Historia solo es limpia cuando es falsa».

Una road novel donde los constantes peligros y los exuberantes paisajes del istmo son el marco para la evocación de una memoria mutilada por la violencia, la falsificación y las pérdidas.

Corre el año 1981. En Centroamérica las hogueras de la guerra arden por todas partes. Un joven que sueña con cambiar el mundo recibe la misión de introducir víveres y medicamentos desde Costa Rica a una Nicaragua que resiste el bloqueo económico y los ataques de bandas armadas. Su base de operaciones se encuentra en un vecindario de San José, donde una célula intenta poner en marcha una emisora clandestina para apoyar al levantamiento armado en El Salvador. No todo son armas, «sin prensa ni manifiestos» se pone en marcha una revuelta sexual que marcará la vida de los protagonistas.

Con «La casa de Moravia» Miguel Huezo Mixco regresa de nuevo a aquellos años de agitación, en los que personas de carne y hueso, vulnerables e imperfectas, expusieron sus vidas de manera generosa por el ideal de dejar un país mejor. No se trata de identificar a héroes o villanos; entre quienes participan en una guerra, no hay inocentes.

# **LA CASA DE MORAVIA**

Miguel Huevo Mixco

*Para Christa Baatz (Victoria)  
y Benjamín Valiente, tan queridos.*

Algunos de los sucesos y personajes que aparecen en este libro están basados en historias de la vida real.

*La guerra comenzó en medio de un gran  
desorden.*

JEAN COCTEAU

*¡Qué pobre memoria es aquella que solo  
funciona hacia atrás!*

LEWIS CARROLL

# 1

## Una película de fantasmas

En el sueño mataban a una mujer. La pesadilla se repite cada cierto tiempo. Unas veces, el cadáver está en medio del charco creado con sus propios fluidos; otras, cuelga de una soga con la lengua de fuera, hinchada como un bistec. Me temo que este es otro de los efectos del medicamento que estoy tomando. El brebaje me sumerge en un sueño placentero que va tornándose quebradizo, como el cascarón de un huevo, y despierto temiendo que solo he traspuesto el umbral a una nueva pesadilla.

Si no consigo dormir me vienen a la memoria el viejo bóer sosteniendo sus anteojos manchados de sangre; el cura Neto agujereado a tiros; y la chiquilla esa, Viviana Gallardo, la que murió por amor, sollozando en el rincón de una estrecha celda.

Todos ellos se encuentran en estas páginas que escribí únicamente para satisfacer la curiosidad de Albertina mi hada madrina.

En la ciudad se exhibe *Ghost*, un drama romántico de fantasmas. En la cola para entrar al cine miro a Edmundo Font. Jamás me lo hubiera esperado. Lo conocí en Managua en aquellos años, cuando llegaban personajes de todo el planeta, locos de felicidad, para apoyar una, dos, tres guerras, las que hiciera falta. Font era entonces un gigantón con cara de niño que reunía dinero para apoyar a la Revolución sandinista. Ahora estaba convertido en un

funcionario de la embajada mexicana en San Salvador, estaba gordo y usaba unas gafas cuadradas que le conferían un aire doctoral. Yo tenía un trabajo de medio tiempo, pasaba apuros económicos, usaba el bigote atusado en las puntas y, para acentuar mi aire chic, de «recién llegado», lucía una pequeña argolla en la oreja. Todos estábamos un poco cambiados. De hecho, el mundo entero era muy extraño al de antes, pero nos reconocimos de inmediato y nos abrazamos dándonos unas estrepitosas palmadas en la espalda.

A la salida, conmovidos por la película y animados por el reencuentro, decidimos ir a tomarnos algo. Perseguí su Volvo de vidrios oscuros hasta el Club Campestre, en la falda del volcán. Desde la terraza, la vista nocturna de San Salvador es espectacular. ¡Hasta las bombillas de las zonas más miserables de la ciudad lucen como un joyero de Swarovski!

—Míranos no más, «sobrebebiendo», sin heridas —dijo Font a modo de brindis, guiñándome un ojo.

Olvidaba Font que una herida es cualquier cosa que te rompa, y yo andaba por la vida poniéndole remiendos a algo dentro de mí que se agrietaba cada vez más.

Font hablaba sin parar de sus perros, de sus viajes, de su trabajo como consejero en la embajada mexicana: apenas un peldaño de su ambicioso plan en el servicio exterior. Tenía metas claras para los próximos quince, veinte años. Yo, en cambio, vivía al centavo. Le expliqué que no tenía interés en participar en las riñas del caldeado ambiente que siguió al fin de la guerra. Las cosas no estaban fáciles.

—¿Cómo? ¡Un hombre con tu capacidad! ¡Saldrás adelante!

Font pagó los tragos y antes de despedirnos me animó a asistir a las actividades de su embajada.

—¿Para qué? ¡Qué pregunta! Pues, para vernos, para ganar la calle, maestro. Conocerás gente interesante —me



dijo, dándome un puñetazo en el hombro.

No tenía muchas ganas, pero fui, por primera vez, y... ¡vaya decepción! Los personajes más conspicuos de la velada eran un dirigente de la logia masónica local, un académico medio sordo, con el pelo teñido, y una poetisa chiquitita, ya mayor, que no paraba de hablar de sus días en el Colmex e insistía en ser llamada «doctora». Habían tenido vidas intensas y encantadoras, ni dudarlo, pero ya eran agua pasada: ninguno servía para mis propósitos de vida. Pero seguí yendo, por la insistencia de mi amigo. Hice lo correcto porque, si bien yo no lo sabía, en esas tediosas tertulias, poco a poco, la rueda de la fortuna comenzaba a girar a mi favor.

Así fue como conocí a Albertina, en la fiesta del Día de Muertos. Llegué atrasado y me instalé en la primera mesa que encontré, justo al lado de su silla. Micrófono en mano, Font se deshacía en halagos a Dolores del Río, la difunta en cuyo honor se había erigido el altar de muertos de ese año. Después que sirvieron los tragos, me acerqué a Albertina presentándome como alguien que volvía de la pacífica Costa Rica a abrirse paso en el nuevo país. La joven me dijo que acababa de volver de Miami con un posgrado en mercadología. Lo suyo eran los negocios. Quería hacer cosas diferentes. Comenzamos hablando, naturalmente, de la muerte. El ambiente del salón la evocaba por todas partes. Además, le dije, no existe personaje tan justiciero, ni nada provoca tanta incertidumbre a los humanos, como ella. Hicimos clic. Hablamos de música y luego sobre cine. Días más tarde, nos encontramos para un café y, en menos de lo que canta un gallo, comencé a caer los fines de semana a su apartamento en Torre del Sol para disfrutar de sus 13 favoritas películas de miedo, que ella organizó con vídeos de Blockbuster. Entre los sobresaltos provocados por mellizas asesinas, posesiones diabólicas y muertos vivos, conocí a publicistas, restauranteros, arquitectos, consultores y funcionarios de la cooperación internacio-

nal, prósperos, astutos y, sobre todo, cobardes. Sí. La valentía terminó desacreditada por causa de las atrocidades de la guerra. Incluso, escuché a idiotas reivindicando la cobardía en nombre de la no violencia. Pero mi estómago iba aprendiendo a digerirlo todo.

Entre plática y plática, Albertina me habló de su plan de fundar una agencia de comunicaciones. Tenía escogido el nombre: Quimera. Buscaba un socio. «¿Te animarías?», me preguntó. Miré la luz. Nos estrechamos las manos. Me prestó la plata para ser parte de la sociedad anónima, renuncié a mi puesto en la revista del Automóvil Club y fundamos la empresa. Me entregué a Quimera en cuerpo y alma. Eliminé la palabra cansancio de mi diccionario. El plástico de la American Express vino a hacerme un enorme servicio: me ayudó a evitar mi caída en el desolado mundo de posguerra, que me aguardaba con las fauces abiertas; y me resultó muy útil para preparar las líneas de polvo blanco que esnifaba encima de un espejo. Para eso llegó la paz: para tener un lugar en ese mundo que unos años atrás quería hacer estallar.

Con las ganancias pronto saldé mi deuda, y, después de unos años de trabajo duro, diciendo a todo «sí, señor», llegué a mirar con compasión las penurias que pasaban mis antiguos compañeros de armas, y con repugnancia las maniobras de los más taimados que se daban de codazos con tal de subir al estrado, a como diera lugar.

Yo guardaba celosamente mi secreto. En aquellos años era frecuente que quienes volvíamos del frente ocultáramos a toda costa nuestra militancia y procedencia. Era como llevar una cruz de tile en la frente. Razones había. Además de entrañar algún peligro, nadie estaba dispuesto a darle un puesto de trabajo a un pistolero que acababa de volver de la montaña. La guerra de guerrillas, además, me metió en la cabeza una norma que dicta: a los compañeros se les dice lo necesario, a los extraños, nada. Albertina, como toda la gente de mi nuevo entorno, calificaba en la

condición de «extraña». Cruzar esa raya era una suprema prueba de confianza, o un acto de estriptís, que no todos merecían.

La ocasión de traspasar la línea se presentó de manera inesperada. Ella quería que sus padres conocieran a su brillante socio, y me invitó a su casa de playa, para conocerlos. Le dije, apenado, que por ahora ese encuentro no sería posible. Para responder a su inevitable pregunta de por qué, venciendo la vergüenza, me saqué los zapatos y los calcetines, y le mostré las uñas de mis pies, amarillentas, quebradizas y deformes por la tiña que adquirí durante los años que pasé en el monte, y que persistía, pues hay cosas de la vida que solo quita el tiempo. Confundida y asqueada me preguntó qué me pasaba. Le dije la verdad. Le hablé de una larga caminata nocturna bajo la luz de las bengalas, y de cómo regresé del valle de la muerte y la privación.

Miró las azuladas montañas donde tantas veces morí y reviví. Con su voz de hada dijo la frase que usaba cada vez que conseguíamos un éxito comercial:

—Sé tu propio rey. Vive feliz en tu elemento. No te olvides de que, como la lombriz, solo en el fondo de la tierra encontrarás alivio.

## 2

### Hotel Marrakech

Su nombre es Lucila, pero en la red es conocida como @luzyrabia. Cuando comenzamos a encontrarnos en línea, a intercambiar mensajes, habían pasado unos pocos meses desde nuestro primer encuentro en un funeral.

–Creo que es hora de irme –dijo, Lucila, a media voz, desde el baño.

–Quedate –le respondí.

Mi voz se ahogó en el sonido del agua derramándose en el inodoro.

–¡Dios mío! ¿Qué hora es?

Miré el reloj de la cocina: las dos de la mañana.

–Es temprano –le respondí.

–Temprano, o tarde, según se vea –objetó Lucila, secándose las manos en el vestido.

Estábamos borrachos, de una manera sutil: sin perder la compostura. Una moneda al aire decidiría si dormía o no en mi casa. La lancé.

–Te quedás –exclamé, triunfal.

–Bueno, no digás que no te lo advertí...

La llevé de la mano a la habitación y comencé a besarla. No se rehusó. «Todos-los-hombres-son-iguales», murmuró, devolviéndome unos besos resacos, con un cierto vaho a lúpulo y caries. Se sacó la blusa mostrando un sostén como de quinceañera, puso la cabeza en la almohada y en el acto se durmió. Me eché a su lado, desencantado,

cerré los ojos y ya no supe más ni de ella ni de mí hasta... Hasta que desperté en el sofá de la sala ¡con la pijama puesta! Borré casete, qué hago aquí, dónde está Lucila, me pregunté, confundido, mirando en mi derredor. El tráfico emitía una oleada de bocinas que entraba por la ventana. Me levanté, atontado, sin hacer ruido, y me dirigí a la habitación, abrí la puerta y sí, allí estaba la desconocida, roncando, con la cabeza debajo de la almohada y el torso descubierto. Menuda como un pájaro. Con suerte mide uno cincuenta y dos. Recuerdo sus pezones duros como biberones, su rostro recubierto de un vello casi invisible y sus dientes delanteros ligeramente separados. Miré en la alfombra sus sandalias talla cinco, el bolso estriado. El letargo se desvanece a medida que camino, turulato, con el cenicero rebosante entre las manos, buscando el basure-ro, pensando allí está esa jovencita, sí. Alguna vez en el chat fantaseamos con la idea de hacer un viaje donde nadie nos conociera. Ella es del tipo «llévame lejos», de seguro aceptará si la invito a la playa, yo cubriré los gastos, lo tomaré como una inversión. ¿Tendrá pareja? No lo creo. El cuerpo de su difunto marido todavía estaba tibio. Mi muchachita, más bien tendrá una inmensa necesidad de afecto. Canturreando desde la puerta: Luciiiiila... Luciiiiila... la hice despertar. Se pasó el dorso de la mano por la boca, cubrió sus senos con la almohada y se levantó, sin mirarme, directamente al baño a mear torrencialmente. Yo me retiré, discreto, a la cocina, a preparar el desayuno.

La joven vino a la mesa con la cara lavada y el vestido puesto, diciendo con aplomo «qué ondas, buenos días, cómo estás». Sobre el mantel a cuadros estaban dos vasos con jugo de naranja, un pichel con agua, rodajas de pan, jalea de guayaba, «no tomo azúcar, gracias», dijo, mirando el chorrito de leche descremada que caía en su café humeante. Le lancé la oferta de ir al mar en un tono que sonó asquerosamente paternal. Pensé: «se va a negar». Al contrario: Lucila recibió la invitación con entusiasmo. Por

lo visto no escuchaba a menudo el murmullo de otras aguas que no fueran las de la ducha. Comió con avidez. Hice la cama y ella se sentó en el suelo, tecleando en su teléfono, con total concentración. Le dije: «aquí están tus aritos» (dos minúsculas calaveras de alpaca) y «el cargador» (un cable pegajoso y medio roto). «¿Tenés una camiseta extra?», preguntó, metiendo la cabeza en el closet y sacando una playera estampada con la imagen de Betty Boop sumergida en una copa de champán. «¿Nos vamos?». Echó sus cosas en el bolso y dijo: «sí, vámonos, antes de que sea tarde».

Vivo en un país pequeño. Sus caminos suelen ser sinuosos y sus valles terminan abruptamente en el respaldo de algún volcán. Las montañas se alcanzan en pocas horas. El mar está a tiro de piedra. Desde San Salvador se llega a la costa en cosa de minutos. El punto más próximo es la playa de La Libertad. Hace unos siglos ese lugar fue un reducto de piratas y corsarios dedicados al robo y el contrabando. Con el tiempo, en una rada de ese sector se construyó un puerto a donde llegaban barcos de vapor repletos de mercancías. En nuestros días únicamente existe una estructura que penetra al mar como un brazo escayolado donde los pescadores exhiben y venden los productos que sacan del mar.

Salimos en dirección al puerto escuchando un cedé de música celta que ella traía. A la altura de Zaragoza nos detuvimos a mirar el mar, tan azul, tan dormido. El disco no había terminado cuando habíamos llegado. La Libertad es un sitio miserable, abarrotado de ventas callejeras y puntos para recarga de celulares, donde los perros pelean a muerte por un pedazo de tortilla fría. Las proas de las lanchas, alineadas cerca de la antigua oficina de la autoridad portuaria, tenían nombres de mujeres. Hay una «Lucila», entre «Yessenia II» y «Josette», y Lucila me pide que le ha-

ga una foto. Bajo el sol inclemente fuimos a mirar la pesca del día: tiburones, pargos, jureles, gallos, boca colorada, corvinas, róbalos echados en cubetas sanguinolentas; y luego, a Punta Roca a mirar a los surfistas haciendo cabriolas. Un gringo viejo entró al restaurante de la mano con una lugareña. «Ella es menor de edad, seguramente», comentó Lucila, en voz baja, metiendo la cuchara en la mariscada. Nuestro aspecto no era muy diferente. Lucila podía parecer mi hija, pero evité los comentarios. Saciado nuestro apetito nos encaminamos al hotel. Viniendo por la calle principal, sobre una calle empedrada que corre al lado de un riachuelo sucio, miramos el cartel que decía:

Hotel Marrakech  
Rooms  
Desde 1980

Lo encontré por casualidad, años atrás, y me pareció adecuado para pasar la noche con una gringa que, en cuanto empezaron las caricias, comenzó a llorar de remordimiento, porque tenía marido, y no paró, hasta que la llevé a su casa.

El lugar no ha cambiado mucho desde esa vez, salvo que al inmueble original de dos niveles se le ha agregado un pequeño restaurante. A las habitaciones de la planta baja se llega desde el estacionamiento, atravesando un sendero flanqueado por un jardín sembrado de descoloridos claveles y crotos. La piscina está a unos pocos pasos de distancia. En el mostrador, me registro y anoto la fecha: sábado 14 de junio. «¡Ayer fue viernes 13!, –digo con sorpresa–. ¿Es supersticioso?», me pregunta la empleada, de-rochando picardía, entregándome el recibo que yo estrujo y arrojo en la papelería. La mujer nos conduce al número 6: una habitación pequeña, con cama, mesa y lamparilla, y antes de retirarse enciende el aire acondicionado,